

“Procesos de movilización y trayectorias organizativas territoriales: reflexiones sobre la formación del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Lanús”¹

Melina Vázquez*

Analía García**

Introducción

En esta ponencia nos proponemos analizar la relación entre los procesos de movilización que han tenido lugar a partir del proceso de toma de tierras del barrio La Fe (Monte Chingolo, partido de Lanús) y la formación de un Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD).

Proponemos indagar las distintas expresiones que adquiere la acción colectiva, través de la consideración de los vínculos y redes de sociabilidad que a través de esta se gestan y transforman a lo largo del tiempo. Es decir, cómo la construcción y activación de lazos y redes sociales, a partir de las diferentes experiencias de movilización, favorecieron la conformación de un actor colectivo. Abordar el análisis del territorio a partir de la consideración de los entramados relacionales, nos permite comprender cómo estos se ponen en juego en el proceso de conformación de un movimiento social, particularmente en relación con el modo que se produce su construcción política e inserción territorial. Siguiendo a Melucci (1994), los movimientos sociales pueden ser entendidos como procesos de construcción colectiva de significados así como también de (re)activación de redes sociales, dando lugar a la creación de mecanismos de reconocimiento e identificación colectivos.

Consideramos que la tomas de tierras iniciadas en Monte Chingolo durante los años ochenta son sumamente relevantes para la conformación –trece años más tarde- del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD); ya que da lugar a la formación de entramados relacionales, a la configuración de relaciones de cooperación y de conflicto al interior del barrio, distintos modos de vinculación con “lo político”, así como también una serie de marcos interpretativos y de relaciones que luego serán recuperados y

¹ Una versión de la presente ponencia fue presentada en la revista *Sociogeneral.e*, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. (en prensa)

* Lic. en Sociología. Becaria doctoral CONICET y miembro del Equipo de Estudios sobre Protesta Social y Acción Colectiva (GEPsAC) del Instituto de Investigaciones Gino Germani, FSOC-UBA. melinavazquez2005@yahoo.com.ar

** Lic. en Sociología. Becaria doctoral CONICET y miembro del Equipo de Estudios sobre Protesta Social y Acción Colectiva (GEPsAC) del Instituto de Investigaciones Gino Germani, FSOC-UBA. analiagarcia1981@yahoo.com.ar

reinterpretados a partir de la construcción de una identidad específica como movimiento de Trabajadores Desocupados.

Plantaremos algunos interrogantes e hipótesis que nos permitan analizar la relación entre los procesos mencionados, así como también sobre las características que asume la formación de un movimiento de trabajadores desocupados en relación con las experiencias de territorialización de la política.

Sobre la formación de “La Fe” y la construcción de un movimiento de desocupados.

En 1985, los vecinos de Monte Chingolo llevaron adelante un proceso de toma de terrenos fiscales, en un área que puede ser delimitada por las calles General Pinto, Méndez, Donato Álvarez y Kloosterman. Aquellos terrenos eran propiedad del Estado y, ante la falta de uso, se habían convertido en un basural. Tras la realización de esta toma, se formó un asentamiento que dio origen al barrio La Fe. Varios años más tarde, se produjeron nuevas tomas, en noviembre de 2000 y febrero de 2002, que permitieron ampliar el asentamiento, incorporando nuevos terrenos.

La reconstrucción del proceso adquiere características particulares en los relatos de sus protagonistas. Según el testimonio de quienes participaron tanto en las tomas de los '80 como en las que se produjeron una década después, la “primera toma” no está vinculada con la formación del asentamiento; sino con aquella en la que tuvo participación el, entonces incipiente, movimiento de desocupados (cronológicamente, la segunda). Para los protagonistas, la toma del 85 tiene como característica distintiva el hecho de haberse realizado “*de manera individual*”. Pese a la definición de estrategias conjuntas y las diferentes formas de movilización desarrolladas por los vecinos para formar el asentamiento, quienes han participado de las diferentes tomas en el barrio, las primeras (cronológicamente) no son reconocidas como producto de la organización colectiva. Por eso, las “primeras” tomas, subjetivamente, son asociadas con la participación del movimiento de desocupados.

Sin embargo, la toma del '85 nos parece sumamente significativa en términos de la creación de vínculos y redes sociales entre los vecinos, así como también por la construcción de un tipo vinculación específica con el municipio. Las redes vecinales²

² Es importante mencionar que las tomas de los terrenos abandonados, fueron realizadas por los mismos vecinos de Monte Chingolo, ante las dificultades que encontraban en relación con la situación de vivienda de muchos de ellos.

fueron (re) construyéndose a la luz de los procesos organizativos, que favorecieron la planificación de la toma, es decir, la definición de criterios de planificación del barrio, pautando las medidas de cada terreno, la creación de redes de solidaridad para evitar que aquellos lotes que ya hubieran sido reservados fueran “apropiados” por otras personas y la delimitación de una parte del asentamiento -denominado el “Anexo”- destinado, en el futuro, para sus hijos y las familias que fueran llegando al barrio. Finalmente, se formó una comisión vecinal encargada de administrar los aportes que cada vecino debía realizar para regularizar la tenencia de los terrenos.

Dicha comisión, terminó siendo uno de los actores fundamentales en el proceso posterior a la realización de las tomas. Frente a la imposibilidad de desarticularla, el municipio llevó adelante diferentes estrategias de cooptación; por un lado, redefiniendo las redes vecinales surgidas con las tomas, a través de la cooptación de algunos de los vecinos que participaron de la misma. Por otro lado, promoviendo la participación de una empleada de la municipalidad en la comisión, convirtiéndose luego en puntera política del barrio. Finalmente, encomendando a la comisión la gestión de la regularización de la tenencia de las tierras; luego enmarcado –teóricamente- en el Plan Arraigo³.

La comisión recolectó el dinero de los vecinos durante varios años pero nunca realizó los aportes correspondientes, estafándolos y utilizando el “anexo” para negocios particulares (alquileres, venta de algunos terrenos, etc.). Finalmente, se disolvió diez años más tarde, habiendo obtenido para el asentamiento, únicamente, el tendido de luz eléctrica. La estafa (amparada por el municipio) produjo conflictos y realineamientos al interior del barrio, perfilando así aquellos entramados relacionales a los que antes nos referíamos, de acuerdo con el acercamiento o enfrentamiento con los miembros de la comisión y el modo de inserción política del municipio en el barrio. Consideramos que estos realineamientos y redes originadas en las tomas, son el punto de partida de distintos procesos de identificación que se constituyen en la base sobre la que luego se apoyará y redefinirá la identidad y construcción política del MTD.

En relación con lo anterior, es relevante considerar cómo a partir de la cooptación de la comisión y, en relación con esta, la intervención del municipio, se van reconfigurando los sentidos que los actores otorgan a las nociones de “vecino” y “compañero”. En términos generales, los “*vecinos*” aparecen como aquellos que cohabitan en un mismo espacio territorial, es decir, el barrio. Ahora bien, esta noción es usada,

³ El Plan Arraigo es creado en 1991 desde la Comisión de Tierras Fiscales Nacionales, dependiente del Ministerio de Desarrollo Social y Medio Ambiente –durante la presidencia de Carlos Menem-, con el objetivo de regularizar la tenencia de tierras tomadas/apropiadas.

retrospectivamente, para designar, por un lado, a aquellos vecinos que en las tomas de los años `80 estuvieron vinculados con el municipio. Por otro lado, para referirse, actualmente y de modo genérico, a los habitantes del barrio La Fe, incluyendo a aquellos que se convoca -desde la formación del MTD- para realizar diferentes actividades o acciones colectivas, como las tomas del “anexo”. En este sentido, cobra relevancia la noción de “*compañero*”, que hace referencia –en un plano territorial- a aquellos con los que se comparte la participación en el movimiento; aún cuando estos también sean vecinos⁴.

Desde mediados de los noventa venía produciéndose, de manera incipiente, la organización de un movimiento de desocupados en uno de los barrios lindantes a La Fe: Villa Corina (perteneciente al partido de Avellaneda). Algunas diferencias internas llevaron a que en 1999 un grupo de militantes decidiera alejarse de esta experiencia, buscando formar un movimiento con características similares en el asentamiento. En los encuentros que este núcleo militante comenzó a mantener con los vecinos del barrio, la disputa por el “anexo”, y la estafa que habían sufrido, aparecieron como cuestiones centrales, ligadas con las problemáticas de vivienda existentes en La Fe. Como sostiene uno de aquellos militantes, las asambleas que inicialmente llevaron a cabo junto con los vecinos “abrieron el debate en el barrio, que [los vecinos] colaran reivindicaciones específicas, como por ejemplo, la necesidad de resolver el problema de las viviendas, *que no eran parte de la política del movimiento*” (referente del MTD Lanús). Frente a estos planteos, la incipiente organización de desocupados aparecía -para los vecinos- como una herramienta para dar cauce a sus demandas e intentar la recuperación de los terrenos perdidos en manos de la comisión, despertando las “*redes adormecidas*” en el barrio.

De este modo, la posibilidad de tomar los terrenos del “anexo” comenzó a cobrar fuerza, proponiendo -como primer paso- la toma de un terreno donde, teóricamente, funcionaba una “copa de leche” del municipio, que sería destinado para la construcción de una guardería para el barrio. Ese espacio tenía una fuerte connotación simbólica para los vecinos enfrentados con la “vieja” comisión, puesto que era visto como el “*paradigma de la corrupción*”.

La toma de la “*Guardería La Fe*” –como señalaba un cartel puesto por el municipio- se efectuó en noviembre de 2000, con el objetivo de hacer efectivo su

⁴ Podemos hacer referencia, también, a la distinción entre la idea de “compañero” y la de “militante”. Si bien esta no tiene que ver con la referencia a los procesos previos de movilización, es utilizada desde la formación del MTD para distinguir entre los diferentes niveles de participación *en* y compromiso *con* el movimiento,; expresando distintos niveles de responsabilidad, sin estructurar relaciones *jerárquicas* entre unos y otros.

funcionamiento. Es relevante mencionar, por un lado, que en esta toma se cambió aquel cartel por otro nuevo que indicaba “*Aquí se construirá la guardería del barrio*”; expresando las diferencias entre el tipo de intervención que tenía el municipio y aquella que se pretendía desarrollar desde el incipiente movimiento. Por otro lado, ofrecía la posibilidad de que la nueva “Comisión Vecinal de Desocupados” (más tarde llamada MTD Lanús) lograra “arrancar” al municipio un espacio tanto para responder a las necesidades y demandas de los vecinos, como también para lograr su implantación territorial, haciendo de esta guardería el primer local del MTD.⁵ Por último, la toma permitiría evaluar la reacción de los integrantes de la “vieja” comisión y el municipio, mostrando la posibilidad que existía (o no) de avanzar con la toma de terrenos para *viviendas* en el “anexo”. La policía y los funcionarios del municipio, intentaron desalojar a quienes venían llevando adelante la toma, pero eso no fue posible. Tras cinco días de mantener la ocupación de la guardería -junto con el apoyo de otros vecinos que comenzaron a participar (*nuevos “compañeros”*)- se avanzó con la toma de una parte del “anexo”, apropiándose de un total de 80 terrenos, que fueron otorgados, luego de dos meses de resistencia, a los vecinos y “compañeros” que se encontraban en peores condiciones de hábitat y vivienda. En ese contexto, los conflictos que se produjeron no sólo estuvieron vinculados a los intentos de desalojo por parte del municipio, sino también a los intentos de los integrantes de la “vieja” comisión (así como los vecinos ligados a la misma) de reapropiarse de los terrenos.

Finalmente, la “Comisión Vecinal de Desocupados” organizó grupos de trabajo para lotear y realizar las instalaciones eléctricas en el barrio⁶, así como también puso en funcionamiento el primer grupo productivo del MTD: la “bloquera”; con el objetivo de hacer los bloques con los que se construiría tanto la guardería como las nuevas casas de los vecinos. Esta toma, que como hemos mencionado es interpretada como “la primera”, fue la que permitió delinear el tipo de implantación y trabajo territorial que fue adoptando el movimiento. La problemática de la vivienda dio lugar a la articulación de la propuesta original de los militantes que llegaron a La Fe, relacionada con la importancia del trabajo barrial en torno al problema de la desocupación, con las necesidades concretas de los habitantes de dicho barrio.

⁵ Hasta ese momento, las reuniones del movimiento se realizaban en las casas particulares de los “compañeros”.

⁶ Es significativo mencionar que el municipio, frente a la imposibilidad de frenar el proceso de tomas por parte de los vecinos no alineados con la comisión y los “compañeros”, intentó promover estrategias de “cooperación” comprometiéndose a colaborar, a través de la participación de técnicos y especialistas, en la delimitación y distribución de los terrenos. Ante el incumplimiento de esta promesa, los vecinos autogestionaron dicha tarea.

Según el testimonio de uno de los militantes, el proceso de tomas “*dio bastante autoconfianza y bastante participación al movimiento*”, puesto que las acciones emprendidas mostraban un modo distinto de inserción territorial y la posibilidad de posicionarse como interlocutor frente al municipio. En efecto, ante esta reconfiguración de la relación de fuerzas, se logró establecer un diálogo *directo* con el intendente, quien sostenía que “*estas cosas se charlan, que no hace falta meterse así*”, provocando la ira de los vecinos ante la postura del intendente, quienes sorprendidos sostenían que “*¡es un caradura, hace 20 años que queremos hablar de esto y nunca nos atendió, ahora que hicimos esto nos atiende!*” (Referente del MTD Lanús).

Durante el 2000, tuvo lugar un hecho relevante en la formación del movimiento, puesto que la comisión de desocupados cambió su nombre por el de Movimiento de Trabajadores Desocupados. Esto se relacionó con la socialización de experiencias que desde hacía varios años venía produciéndose entre diferentes organizaciones territoriales de desocupados de la zona sur del conurbano, fundamentalmente de Florencio Varela, San Francisco Solano y Almirante Brown. Este vínculo se plasmó en: a) la realización conjunta de cortes de ruta y la reivindicación de este formato de protesta como un aspecto constitutivo de su identidad; b) la formulación de definiciones compartidas sobre el tipo de construcción política que proponían, fundamentalmente a partir de la noción de *autonomía*; c) asumir el reclamo de planes sociales como la demanda a formular al Estado; d) problematizar la cuestión de la unidad entre los distintos movimientos. La coordinación entre estos se plasmó en la formación de la Coordinadora Sur, primero, y en la Coordinadora de Trabajadores Desocupados (CTD) Aníbal Verón⁷, después. (Burkart y Vázquez, 2007)

En febrero de 2002, el MTD Lanús impulsó una segunda toma en el “anexo” (sobre un total de 116 terrenos) pero, a diferencia del proceso anterior, esta vez no se realizó una convocatoria *desde* el movimiento, sino promoviendo la participación como “*vecinos*”. Este cambio en el modo de interpelación, estuvo relacionado con el hecho de que muchos de los potenciales participantes podían verse perjudicados si se involucraban en dichas acciones, puesto que ponían en peligro el cobro de planes sociales otorgados por punteros políticos o su “trabajo” en el municipio⁸. Como afirma uno de los integrantes del MTD:

⁷ En la CTD Aníbal Verón además de los MTDs se incorpora la CTD (vinculada a Quebracho).

⁸ Cuando la contraprestación de los planes se realiza en el marco de actividades y funciones vinculadas con municipio, esto es interpretado como “*trabajar para el municipio*”.

“Como movimiento, el MTD no hizo hincapié en meterse de lleno. Sino que algunos de los compañeros informaban en las asambleas de las tomas, o qué se iba a hacer, pero que lo iban a organizar como ‘vecinos’, para convocar más a los vecinos también”. Esta toma estuvo destinada a conseguir terrenos exclusivamente para viviendas, contando con la colaboración de militantes de algunos de los movimientos afines al MTD y de vecinos de otros barrios cercanos.

Fue así como el fortalecimiento de la inserción territorial del MTD permitió su expansión hacia otros tres barrios (Urquiza, La Torre y Gonnet), promoviendo su crecimiento y consolidación en Monte Chingolo. El comienzo de la organización en estos barrios, tal como había sucedido en los inicios en La Fe, tuvo lugar en las casas de los “compañeros” y, paulatinamente, fueron obteniéndose los galpones para el desarrollo de las diferentes actividades. Es significativo mencionar que algunos de estos fueron obtenidos a partir de la realización de nuevas tomas de terrenos.

Como podemos ver, el surgimiento del MTD en Lanús y las diferentes instancias del proceso de construcción de una identidad colectiva, estuvieron vinculados con diferentes tipos de redes y vínculos, tanto de cooperación como de conflicto, que han aportado de modo diferencial a los procesos de movilización colectiva.

Por un lado, las tomas fueron inicialmente llevadas adelante a partir de la activación de redes vecinales preexistentes. Estas pueden ser entendidas como *precondición* para la acción colectiva, dado que “su configuración, es decir, la densidad de las relaciones entre los diferentes actores y su articulación interna, orientará, de hecho, la circulación de recursos esenciales para la acción y determinará, al mismo tiempo, las oportunidades y los vínculos necesarios para esta última” (Diani, 1998: 247). Ahora bien, como hemos visto, dichas redes han sido reconfiguradas a partir de las experiencias concretas de los vecinos en la toma de tierras, en la posterior constitución del barrio y, finalmente en la formación de un movimiento de desocupados. En este sentido, las redes sociales también pueden ser leídas como *producto* de la acción colectiva.

Hipótesis sobre la formación de un movimiento de trabajadores desocupados.

Los procesos que hemos narrado en relación con la formación del MTD Lanús, así como la relación del mismo con las tomas de La Fe, nos permiten reflexionar sobre algunos aspectos sumamente significativos a partir de los cuales proponemos dos hipótesis

de trabajo. Estas nos permitirán reflexionar acerca de algunos de los supuestos desde los que se ha venido trabajando en los estudios de la acción colectiva sobre la Argentina reciente.

Por un lado, la toma de tierras del barrio La Fe en la década del '80 nos permite entender un tipo de trama relacional en los barrios del Gran Buenos Aires entre los vecinos y las autoridades municipales que pone en cuestión, en parte, la supuesta “novedad” de los años '90 en términos de la redefinición de la relación de los sectores populares con “la política”.

Las experiencias organizativas y de acción colectiva de las organizaciones de trabajadores desocupados, expresan una relación de continuidad con la toma de tierras producida en algunos de los barrios del conurbano bonaerense donde, luego, se formaron una buena parte de las organizaciones piqueteras, como es el caso de San Francisco Solano, La Matanza, etc. (Merklen, 2004).⁹ En este mismo sentido, hemos intentado pensar la relación entre la formación del asentamiento La Fe y el MTD. Pero además, hemos intentado mostrar cómo ambos procesos se imbrican mutuamente, por un lado, a partir de la consideración de las redes sociales y las experiencias de participación y activismo en uno y otro proceso. Por otro lado, a partir de la apropiación de la toma de tierras como una de las estrategias de intervención territorial de un movimiento que se construye asumiendo como problemática central la pérdida de derechos sociales.

Podemos pensar en la existencia de una trama recursiva entre el territorio y el movimiento, donde se pasa de la organización de las tomas a la organización de un movimiento de desocupados, y desde este último a la toma de tierras como una instancia de reafirmación de su presencia territorial: no sólo por la toma de los galpones donde se desarrolla la vida cotidiana de los mismos, sino además por el sentido que adquiere el trabajo barrial del MTD, siendo esta una de las dimensiones más significativas de su concepción de cambio social¹⁰.

⁹ Debemos señalar que el contexto político en las que unas y otras tuvieron lugar son radicalmente diferentes. Las tomas de San Francisco Solano y de La Matanza se produjeron durante los últimos años de la dictadura militar, siendo este contexto sumamente influyente tanto para la realización de las mismas, como también en relación con algunas de las características que tuvieron estos procesos de organización colectiva (Fara, 1985). Las tomas en Lanús, por el contrario, se iniciaron durante los primeros años del gobierno democrático de R. Alfonsín y en el marco de una coyuntura política diferente.

¹⁰ El cambio social es entendido como algo que se construye desde la vida cotidiana, a partir del cambio de las relaciones sociales y los valores. En este sentido se enfatiza la importancia que poseen los talleres de *formación, productivos* y los mecanismos *asamblearios* de toma de decisiones (vertebrados a partir de la imagen de una “pirámide invertida”) en tanto que expresión de “prácticas prefigurativas” de la sociedad “por venir”. En este sentido, el cambio social aparece como un proceso a ser construido “desde abajo”, y no desde la participación en las instituciones del Estado, así como tampoco con “manuales” o con la “bajada de línea” de un partido político.

Las líneas de continuidad que hemos planteado no suponen que subestimemos la pregunta sobre cómo se produce y qué características novedosas adquiere la emergencia de una organización de trabajadores desocupados. Sin embargo, consideramos, a diferencia de Grimson y Cerruti (2004), que dicha novedad no puede ser explicada a partir del “reemplazo” de la problemática de la vivienda (más característica de la década del '80) por la del trabajo (o de la falta del mismo) en los años '90. Si bien la forma que asume la toma de tierras en una y otra década son diferentes, es en relación con el problema de la vivienda como comienza a expandirse la experiencia organizativa y la implantación territorial del MTD de Lanús. En este sentido, dicho reclamo favorece la creación de un proceso de generalización de demandas, que puede ser entendido como el paso de una “demanda territorial” (anclada en el espacio local y asociada con un reclamo que afecta a la comunidad que allí cohabita) a una “extraterritorial”, es decir, que permite la articulación de reclamos heterogéneos que no se restringen, meramente, a las problemáticas ligadas con el hábitat compartido (Nardacchione, 2005).

Es así como la formación de un movimiento de desocupados, permite dar un principio de unidad al reclamo frente a un proceso de descuidadización, en tanto que pérdida vertiginosa de derechos (cívicos, sociales y políticos), y la transformación de las instituciones y el papel del Estado en general, y en relación con la regulación de los mencionados derechos, en particular. En este sentido, es muy significativo el modo en que los participantes del movimiento narran los cambios que se producen a partir de su incorporación al mismo, pasando a reconocerse como “sujetos de derecho”. Es esto último aquello que permite legitimar el reclamo ya sea por tierra, trabajo, alimentos o incluso por los planes de asistencia social.

La segunda hipótesis de trabajo, apunta a reflexionar sobre la relación entre la trama conflictual en la que cobra vida el MTD de Lanús y la relación con algunas de las definiciones que hará propias desde un comienzo, es decir, la afirmación como movimiento “autónomo”.

Como hemos planteado, desde la misma formación del barrio La Fe, la presencia de las autoridades locales -así como de punteros políticos en los respectivos barrios-, expresa los distintos modos de oposición y represión a diferentes estrategias organizativas. De algún modo, esto permite trazar otra línea de continuidad entre la emergencia de las organizaciones de desocupados y las trayectorias de confrontación territorial que las anteceden. Fundamentalmente, las tomas de tierras aparecen como un momento crucial

para muchos de los “compañeros” dado que, ante el desarrollo de estrategias represivas y de cooptación por parte del municipio, logran mantener sus reclamos y reivindicaciones, rechazando este tipo de intervención. Retomando las palabras de uno de los referentes del movimiento: *“En Lanús todo lo que hubo a nivel territorial fue el PJ, no hay experiencias ni de izquierda ni otras experiencias sociales, políticas, ni de la iglesia. Nada (...) compañeros que a pesar de haber tenido cierta experiencia barrial como referentes de su barrio, cuando se originó, tuvieron el sentido común, la dignidad, la intuición o lo que fuera, de irse a la mierda en la peor época de los 90, del PJ. Asqueados un poco de la lógica punteril y utilitaria de la política. Se habían ido de la política, a pesar de que habían tenido su militancia, y encuentran en el MTD una asamblea donde hay que discutir con los vecinos, hay que convencer a los vecinos de eso... no solamente bajarle el bolsón y darles el papelito con la hora para ir a la marcha”*.

En este sentido, podemos cuestionar una idea bastante difundida en algunas de las investigaciones que analizan la emergencia de las organizaciones de desocupados. Si bien en la década del `90 las características que asume la relación con las autoridades locales adquiere una nueva fisonomía, debemos contemplar cómo las diferentes expresiones de la protesta y la organización colectiva –al menos en relación con el caso analizado- dan cuenta de un vínculo confrontativo entre el municipio y las organizaciones territoriales que se produce -al menos- desde la década anterior. Dicho vínculo se expresa en un tipo de relación que va de la represión directa a los intentos de cooptación.

Hacia fines de los años `90, la formación del MTD permite dar contenido y forma a las diversas reivindicaciones articuladas en la consigna inicial (incluso anterior a su misma denominación como MTD): *“Trabajo, Dignidad y Cambio Social”*. La formación del mismo implica, por un lado, la constitución de un actor que va a disputar las formas de intervención -y de gestión de los recursos- de los poderes locales y los punteros políticos barriales. Por otro lado, supone la incorporación de las reivindicaciones inmediatas de los habitantes de los barrios, a partir de la idea de “politizar lo social”¹¹.

¹¹Esta expresión remite al tipo de construcción política llevada adelante por el movimiento, en la cual las definiciones político ideológicas no son desligadas de las reivindicaciones sociales, es decir, las demandas hacia el Estado por la obtención de planes sociales, alimentos u otros recursos que permitan garantizar la subsistencia de quienes allí participan.

Si bien desde el movimiento se asume que muchas de las personas que se *acercan* lo hacen por “necesidad”, es decir, por “los ciento cincuenta” (expresión que remite a la obtención de un plan social); se apunta a que a partir de su participación en las distintas instancias del MTD, “se *queden* por conciencia militante”.

En este trabajo hemos intentado mostrar cómo la emergencia de una organización de desocupados puede ser entendida a partir de diferentes trayectorias de movilización que favorecen la creación de instancias de reconocimiento, identificación e interpretación, canalizando las diferentes demandas ligadas con el cercenamiento de la ciudadanía social. Resulta central comprender cómo las formas de acción colectiva que anteceden a la formación del MTD – así como su proceso de consolidación- se vinculan con la oposición, rechazo y confrontación con las estructuras clientelares y los poderes locales.

Consideramos que es la existencia de estas diversas experiencias de confrontación aquello que establece una “afinidad electiva” con algunas de las definiciones políticas más sobresalientes del MTD, particularmente con la definición de autonomía y el reconocimiento de un tipo de construcción de la política que se opone al manejo discrecional de recursos, el clientelismo político, la corrupción y otras de las características a partir de las cuales definen a la “política de los políticos”. Estas definiciones fueron fortaleciéndose también en las experiencias de coordinación con otros movimientos de la zona sur del conurbano bonaerense, tal como hemos planteado. Dichos intercambios han favorecido la construcción de una noción de autonomía asociada con la “independencia” de los partidos políticos, la iglesia¹² y los sindicatos en tanto que formas de construcción política; así como de la lógica electoral de los partidos tradicionales de la izquierda.

Los diferentes puntos planteados a lo largo de esta ponencia, particularmente las hipótesis que hemos propuesto, nos permiten avanzar en la formulación de una pregunta sumamente relevante para este trabajo: qué es y cómo se construye una identidad política¹³. Siguiendo a Pérez (2005), es posible reconocer tres dimensiones: por un lado, la estructuración de un sistema de prácticas que permitan la construcción de una *tradicición*; por otro lado, la definición de un *contradestinatario* o *adversario* que establece una diferencia fundante para la creación de un principio de reconocimiento. Finalmente, la *escenificación* de ese conjunto de relaciones, a partir de la cual resulta posible el reconocimiento del grupo y su continuidad en el tiempo.

¹² Es importante mencionar la importancia de esta dimensión de la autonomía para movimientos como el de San Francisco Solano, donde la toma de tierras -previo a la formación del MTD- fue llevada adelante a partir de la participación de ciertos sectores de la iglesia vinculados con la teología de la liberación y las comunidades eclesiales de base.

¹³ En este punto nos alejamos de la propuesta de Melucci, dado que si bien nos ha permitido dar cuenta tanto de la relevancia que poseen las redes sociales para entender las acciones colectivas, así como la importancia de estas últimas en tanto instancias de producción de una identidad; presenta algunas dificultades a la hora de pensar cómo las redes sociales dan lugar a la formación de relaciones en otro sentido, es decir, la formación de un lazo político (el paso del reconocimiento como “vecinos” a “compañeros”). Para Melucci, las redes sumergidas son, en el mejor de los casos, “pre-políticas”. (Vázquez, 2007)

Podemos pensar que los procesos hasta aquí narrados nos permiten, de alguna manera, reconstruir el modo en que una determinada “*tradicción*” fue perfilándose en el proceso de conformación del movimiento de desocupados que aquí nos ocupa, a partir de la reactivación y reconfiguración de entramados relacionales, construcciones de sentido y trayectorias de movilización presentes en el barrio. En esta línea, las identificaciones y posicionamientos perfilaron principios de reconocimiento condicionados por el acercamiento o distanciamiento respecto de la gestión del “municipio” en el interior del barrio. Así, el surgimiento del MTD no sólo reforzó las relaciones de conflicto ya existentes, sino que permitió definir al “municipio” –y a un modo específico de ejercicio de la política del que es visto como exponente- como claro *adversario* del movimiento. Esto cobrará una dimensión fundante, a partir de la generalización de las demandas y la escenificación de su presencia pública en el espacio territorial.

Por lo dicho, la formación del movimiento de desocupados analizado expresa, en relación con los procesos de movilización que lo anteceden, la formación de un nuevo tipo de identidad que si bien se construye fuertemente sobre una base territorial, también es expresión de un “salto político”.

Reflexiones finales, consideraciones sobre la formación de una identidad política.

En estas páginas hemos abordado algunas dimensiones significativas del proceso de toma de tierras en relación con la formación de un Movimiento de Trabajadores Desocupados; tratando de dar cuenta de la implicación entre ambos procesos, tanto a partir de la formación y reactivación de redes sociales, como también de la impronta territorial que posee este movimiento.

A partir de esto, hemos tratado de avanzar sobre algunas hipótesis que nos han permitido reflexionar sobre la formación del MTD en términos del paso de una identidad social a una identidad política. Como hemos mencionado anteriormente, resulta fundamental la relación entre ambos procesos, en la medida en que permite construir principios de inteligibilidad desde los cuales los miembros del MTD se reconocen a sí mismos en tanto que sujetos portadores de derechos, a partir de la generalización de las demandas que venían formulando, como también de la creación de un modo específico de existir políticamente.

En este tipo de movimientos, la dimensión vinculada con la escenificación de la identidad, es decir, la visibilidad, adquiere características relevantes y esto se debe a varias

razones. Por un lado, las diferentes expresiones de la acción colectiva se basan en la puesta en escena de aquellos sectores más relegados de la población, cuya máxima expresión son los cortes de ruta. Por otro lado, las acciones colectivas, que favorecieron la formación del asentamiento y de las actividades territoriales de un movimiento de desocupados, visibilizan no sólo los cuerpos sino además el *espacio* donde estos habitan.

En este sentido, frente al repliegue territorial ligado con la progresiva pérdida de derechos, las experiencias organizativas han favorecido la construcción de sociabilidades y modos de reconocimiento (entre sí y por parte de otros) que instituyen y disputan formas de ejercicio de la política; en las que también cobra significado la presencia y la participación directa en los mecanismos de toma de decisiones.

Las diferentes expresiones de la organización colectiva, que revierten simbólicamente los procesos de invisibilidad social, se enfrentan al desafío de continuar promoviendo formas de trabajo territorial que, al mismo tiempo, les permitan sostener demandas y formas organizativas articuladoras, es decir, que vayan “mas allá” de las problemáticas locales concretas.

Bibliografía consultada

- BURKART, M. y VÁZQUEZ, M. (2007). *Reflexiones sobre las experiencias de coordinación y/o articulación entre las organizaciones de Trabajadores Desocupados autónomas en Argentina*, publicación on line <http://www.reseau-amerique-latine.fr/ceisal-bruxelles/ESE/ESE-2-Burkart-Vazquez.pdf>, Bruselas.
- DIANI, M. (1998). “Las redes de los movimientos sociales: una perspectiva de análisis”, en IBARRA, P. Y TEJERINA, B (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid.
- DELLA PORTA, D. y DIANI, M. (1999). *Social Movements. An Introduction*. Massachussets: Blackwell.
- FARA, L. (1983). “Luchas reivindicativas urbanas en un contexto autoritario. Los asentamientos de san Francisco Solano”, en Jelin E. (comp.) *Los nuevos movimientos sociales. Derechos humanos, obreros, barrios*. Centro Editor de América Latina: Buenos Aires.
- GONZÁLEZ BOMBAL, I. (1988). *Los vecinazos. Las protestas barriales en el Gran Buenos Aires, 1982-83*. Ediciones del IDES 14: Buenos Aires.
- GRIMSON, A. y CERRUTI, G. (2004). *Buenos Aires, neoliberalismo y después. Cambios socioeconómicos y respuestas populares*. IDES: Buenos Aires.
- MELUCCI, A. (1994). “Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales” en *Zona Abierta 69*, Siglo XXI, Madrid.
- MERKLEN, D. (2004) “Sobre la base territorial, la movilización popular y sobre sus huellas en la acción” en *Laboratorio (revista electrónica)*, año 6, nro. 16 (46-53), Buenos Aires.
- NARDACCHIONE, G. (2005). “La paradoja de las protestas vecinales bajo el menemismo: ¿cómo generalizar la protesta defendiendo lo propio?” en SCHUSTER, F.; NAISHTAT, F.; NARDACCHIONE, G. y PEREYRA, S. (comps.). *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Prometeo: Buenos Aires.
- PÉREZ, G. (2005). “Pálido fuego: Hannah Arendt y la declinación de la figura del trabajador en las sociedades contemporáneas. Apuntes sobre los piqueteros en Argentina” en SCHUSTER, F.; NAISHTAT, F.; NARDACCHIONE, G. y PEREYRA, S. (comps.). *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Prometeo: Buenos Aires.

- VAZQUEZ, M. (2007) “Reflexiones sobre socialización política de jóvenes en movimientos de Trabajadores Desocupados autónomos. Balances y aportes desde la perspectiva de a. Melucci”, mimeo.